

Wilson Pérez Uribe

Artesanía del vuelo

· antología personal ·

· Colección Yarumo · 18 · Poetas Antioqueños ·



Nuevas Voces Editores

PoetApp: Biblioteca Portátil de Poesía Antioqueña

Ganador de la Convocatoria de Estímulos 2020

Unidos por la Cultura

Modalidad: El Almacén de las Palabras

Artesanía del vuelo

· antología personal ·

ISBN 978-958-49-0863-6

©wilson Pérez Uribe

©Nuevas Voces Editores

Editor: Camilo Restrepo Monsalve

Diseño de carátulas: Manuela Salinas Sierra

Diagramación: Camilo Restrepo Monsalve

Desarrollo de la aplicación: Juan Felipe López

La presente plaquette se realiza con autorización del autor, su fin es divulgativo, pertenece a la Colección Yarumo de PoetApp: Biblioteca Portátil de Poesía Antioqueña. Descarga la aplicación PoetApp en el AppStore y disfruta de su versión electrónica.

Proyecto apoyado por el Instituto de Cultura y Patrimonio de la Gobernación de Antioquia, a través de la convocatoria de estímulos 2020, Unidos por la Cultura, Modalidad: El almacén de las palabras.

Wilson Pérez Uribe

Artesanía del vuelo

· antología personal ·



Colección Yarumo

PoetApp: biblioteca portátil de poesía antioqueña

Nuevas Voces Editores

Obertura

—Yoshiki Hayashi—

La lección de la música se conserva en el borde de un instrumento o al lado de la nube que ya fue pájaro, que ya fue barca, que ya fue nada.

La lección de la música se reúne en un discreto envase de gestos: la mudez del árbol cuando la enredadera se ha ceñido a su piel, la quietud de la piedra que sembró en la arena la memoria del agua que incesantemente fluye.

Esto guarda la música.

Mas, ¿qué son las palabras que se arquean en el silencio para escuchar al hombre que abraza a una mujer como si abrazase a un mundo entero?

Esto guarda la música.

De: *Movimientos*

Nocturno N° 2, op. 9

—Frédéric Chopin—

El cuerpo quiere ser ola y espuma. Tras las ruinas de la tarde no queda más que el consuelo de una música callada. Los libros están ordenados. Las palabras por decir ya se han dicho. El aire es ligero, está tatuado de un aroma muy lejano, tal vez sea la presencia de algo perdido. Mientras camino por la habitación, de ida y vuelta, como transitando una ruta en el desierto que imponen las cosas, llevo auestas la tarea de descifrar el mundo en el sonido de una palabra. Entre las manos se diluye la forma como se aprendieron a unir los vocablos en la memoria. El corazón solo sabe de esa música recobrada en un tiempo y perdida al ser escuchada. No vale preguntarle al corazón, su respuesta es la misma, un ritmo secreto que alienta en el vivir y cuyo palpito disminuye instante a instante. El poema: el mismo hilo, la herida de una palabra, la costumbre de borrar los trazos al mirarlos. El poema: si lo pensaba era una imagen verbal vívida; si lo transcribía era un acto doloroso, una exigencia apasionada que me enfrentaba directamente con el reverso de las cosas. Tal vez nunca sabremos cómo nace el poema o cómo surge el fuego del madero.

De: *Movimientos*

He mirado en el fondo del caleidoscopio. Allí el juego incesante del cristal con la luz. He descubierto que el color es una forma del espejo y que el cambio de una tonalidad a otra es la sucesión de una melodía secretamente ideada. Perplejo, atraído por un extraño placer, vi los ocasos que fueron y los que serán, vi un labio que me fue negado en un tiempo de difícil memoria, vi el curso migratorio de la mariposa monarca, vi el ámbar manchado del leopardo en la túnica de los monjes de Bután, vi el estrépito del colibrí al posarse de flor en flor, vi la danza diurna del girasol y el silencioso movimiento de la enredadera. Vi los mares árticos atiborrados de morsas, vi el habitáculo del cangrejo y la espuma surcando la playa. Vi en ese cristal de formas vivientes las felices, las tristes, las palabras siempre necesarias. Vi las canoas flotando a la deriva con orquídeas en los remos, vi la comunión del león sediento con los pájaros, las jirafas, los búfalos en la orilla de una charca. Vi las hojas del otoño junto a las tumbas de Hiroshima, vi las pieles curtidas, ajadas, maltrechas en Auschwitz, vi un terrible silencio en la región tibetana. Vi la rosa que solo quiere ser rosa, el sauce que busca mecerse con la brisa, la lluvia persistente en la memoria de los tejados. Vi las pirámides, los sepulcros egipcios, los monumentos a los dioses que fueron hombres; vi el viento entre los pliegues de la Victoria alada de Samotracia, vi la tumba de Miguel Ángel y el suave mármol de la Pietà. Vi el tiempo irreversible que se lleva

las cosas queridas, vi el desgraciado anhelo de perdurar en los días sucesivos que nos consumen y nos hieren y nos olvidan. Vi el orden y el desorden, los eclipses y los planetas; vi la sedosa nube, el fulgir de la estrella, el ondular de una luna sobre la humedad del estanque. Vi la alondra de Julieta y el ruiñón de Keats, vi la cruz de Nietzsche y el anillo del César, vi los rostros de Shakespeare. Vi la muerte, ¡qué inquietud, qué desvelo! Vi la docilidad de la memoria, el ritmo y la espera, vi un pájaro presenciando el incendio de las nubes, vi las piadosas columnas, las cuerdas del violín, la ansiada Roma. Vi las olas borrando mis pasos en el lienzo de la arena.

De: *Movimientos*

Declaración de amor

—Alfred Schnittke—

Deja que extienda las manos y acaricie la tierra. Déjame dibujar islas y una selva que contenga en sus venas el agua y la sal que lloran tus pupilas. Cuántos hilos tensaste en las horas del crepúsculo. Cuántos adioses no prodigaste por temor o resignación. Déjame que yo sea raíz y sangre y espuma. Déjame ser el álamo que te cubra en sombra mientras las cenizas de los años se apoyan en tu cabello blanco.

Conocí tus dedos como ramas floridas y tu vientre era un tronco erguido hacia el cielo. Fuiste un día el brote de un árbol. Fuiste un poco de hojas llevadas en el aire de otoño. Dónde está la historia de las sábanas de seda. Todo recuerdo es la llama de una palabra que muy pronto se incendia.

Decir tú no significa decir único o todo. Decir tú significa decir mí y nos, porque al nombrarte me nombras y el universo es nombrado. Dos manos son suficientes para crear un mundo. Bastaba la levedad de tu alma y el gozo repentino de tu silencio para que las cosas no fueran objetos de triste quietud, sino fecundos tesoros de una patria que solo tú conocías.

Basta un instante junto al mar, mientras las olas recorren la playa, para que estas palabras, tatuadas en la arena, se consuelen con repetir el último soplo de tu cuerpo, hoy ya polvo, ya grito, ya tierra.

De: *Movimientos*

Luego del salto de la piedra sobre el agua, la quietud.

Al oriente la luna, al oeste el poniente. Entre los dos hemisferios, esta escritura que respira la luz inmóvil.

Cuánta historia en el instante en que la hoja abandona su rama para reposar en la tierra.

Qué podrán ofrecer estas dos manos sino ser vasija para llevar el agua que el sediento implora.

El poema abundó en secretas nomenclaturas debidas al tedio y al orden. Ahora, bajo el templo que erigen estas nubes, reclamo la caricia de un tacto o el sencillo vértigo que supone un gesto.

Y no saber que la vida misma es ya una respuesta.

Mientras las palabras se deshacen entre el silencio y la noche se alarga en penumbra y en brillo, lo que escribo se disuelve en volutas de aire más allá de lo que digo, más allá de lo que miro. El corazón, de golpe, dicta: “no hay nada más por decir”.

Música de triste revelación

—Philip Glass—

También la música es un centro creador donde los límites aspiran a ser comienzo. Si en la nota aguda escucháramos al relámpago encorvarse entre las nubes. Si en el viento que agita los follajes escucháramos el tesón de los labradores. Si en una piedra escucháramos cómo se desmorona la montaña. También la música está hecha de pájaros que agitan el aire con plumajes tornasolados. Si en la sucesión del tiempo escucháramos cómo van anidando los días en la piel. Si en la palidez de la rosa escucháramos el rumor de la sangre mezclada con un poco de agua y un poco de olvido. Si en el violín escucháramos las palabras que anuncian el grito, la sombra y el llanto. A veces muy lejos, a veces muy cerca está la música en todo aquello que nunca poseeremos, y en donde, quizás con un gesto tímido, existe el hombre libre de todas sus leyes.

De: *Movimientos*

Una barca al sur del océano

—Maurice Ravel—

Recuerdos de la infancia en la temprana noche: una estrella en el firmamento es un signo, una huella. El rumor nocturno de los arbustos y la niebla sobre el tejado representan la claridad de un acto. Existe una porción del vivir reafirmado en una gota de agua sobre la hierba. Tal vez estos filamentos de la memoria, estas raíces que sostienen una morada en el aire, sean la respuesta a la lección aprendida en aquellos días de entrañable inocencia.

...

Bastaba con adormecer las manos en la corriente del río y con caminar descalzos sobre la tierra. Bastaba con escuchar los grandes relatos de aquel hombre de ancho sombrero y con mirar los peces en el fondo del pozo. Bastaba con recorrer la vieja casa hasta detenerse ante la concha de caracol donde se oía el rumor del océano.

...

Estos fragmentos tienden a la fragilidad. Ya no he descubierto mi sombra en la oscuridad, tampoco he vuelto a flexionarme sobre mí en estas palabras.

Estos fragmentos son una valerosa representación de un temor.

Representación: ser yo.

De: *Movimientos*

Consolación N.º 4 en D mayor

—Franz Liszt—

Hablar poco. Hablar lo suficiente en un corto tiempo. Hablar en un ritmo que no contemple el hablar por el hablar. Decir “acá está la mano en la mesa” o “los besos son sabores compartidos”. Decir y callar. Hablar poco, tal vez con palabras gestuales, esas que acercan toda expresividad a la sensación receptiva de un “estoy aquí”. Hablar con palabras hechas de piel, dejar que transiten los rostros entre la mirada que se agrieta; hay en ella un abismo donde todo se recobra y donde todo se pierde. Es ahí donde está lo dicho, lo que no podemos obviar. Ahí la aceptada condena de un silencio que nos conduce a la respiración de un decir callado. Y al fin, ser eso, un fuego musical donde podamos arder mientras nos vamos despidiendo de los rostros ideados, de las formas habituales del vivir, de las escenas donde creímos ver los pliegues exactos del mundo en la seguridad de las palabras.

De: *Movimientos*

Meditación para viola y piano

—Paul Hindemith—

Escribir mientras el sol de la tarde se filtra entre los ventanales. Todo lugar de escritura es un templo. Los olores se condensan, los libros conjeturan sobre el juego de las palabras, y la mano suspendida en el aire siente que su propia sombra le ha dictado una frase. Hay fantasmas que rondan la habitación. Los ojos presienten que una palabra es devuelta al oído. Luego, ¿qué es el luego, el después? La capacidad de saber mentir, ¿para qué? Para ser sincero con la página que me ahoga y me desgasta, para agradecer cuánta valentía he necesitado a la hora de trazar palabras que se miran y se nombran. Mentir, porque nunca podré saber qué es lo que realmente escribo. Mentir, sin más, porque el arte no es una útil filosofía, sino que responde a una necesaria voluntad contra el dolor, la costumbre y la ingenuidad.

De: *Movimientos*

—Hidemaro Konoye—

En el juego de go habitan los días y las noches en que se prefija el Oriente desde una mesa circular, con monedas que varían entre el negro y el blanco. El rito, más antiguo que la nieve o la migración de las grandes manadas, consiste en tejer barrotes sobre el otro que, invariablemente, es el mismo. La cárcel está dispuesta tanto para el negro como para el blanco. Los salva un instante en que las velas iluminan el tablero con sana claridad. El juego anuncia, tácito, su fin. Un color se reduce a una sola pieza, es un enigma, apenas una fábula en la luz que se apaga.

Este juego es antiguo, nadie lo sabe. Lo ejercieron los hombres de ojos rasgados que blandían espadas contra la luna en el agua: dividirla suponía la fatalidad; comprender que se aclara luego de la agitación violenta, sugería que el combate consigo mismo era la extrañeza de una victoria unánime.

Cae la lluvia sobre los tejados, nadie vigila el juego de go. Las Diez Mil Cosas rondan el tablero y las figuras que imitan al círculo se ocultan en el umbral del sueño. Solo despertarán cuando la ávida codicia de los guerreros los lleve a descifrar cómo se aplaude con una sola mano y cómo fragmentar la luna sin estremecer el agua.

De: *Movimientos*

Apertura

MIRAR la sombra que reposa en el borde del cuenco.
Mirar como tocar, como escuchar.
En la certidumbre de cada luz está el ahora
que pide ser nombrado.

Mirar la mirada: gesto silencioso.
Respirar para pronunciar otra lengua
en la quietud de las cosas.

Mirada de los ojos que son tacto y oído.
Mirada para desnudar las palabras,
como complicidad con la noche y el día,
como inquietud, como desvelo.

Mirada, desde lo más alto, desde lo más bajo.
Mirada para saborear el agua
con el tercer ojo: el corazón.

De: *Libro de la mirada*

Un decir cotidiano

Hay que leer
en el lenguaje de los pájaros
el aire inmóvil de las palabras.

La palabra plumaje
se estremece ante un hilo de sol.
La palabra vuelo
se apoya en la palabra rama.

Los pájaros
ansían la sombra
de una palabra
que aún no sea capaz de nombrar
el misterio de su canto.

De: *Libro de la mirada*

Poética de los colores

Los colores
debían ser mirados
con ojos de niño. Ese tejido de luz
y de sombras tendría que aprender
la huella secreta del tacto.
Sobre el lienzo los dedos
palparían dos memorias:
la del ojo que mira el paisaje
como si lo oyera; la del color
que tiñe la tela como si la desnudara.

De: *Libro de la mirada*

Más allá del mirar

No hay que dejar
las cosas como son:
un tejado,
una calle,
unas pocas nubes,
la acumulación de la nieve.
Hay miradas
que no aceptan la quietud
como resumen de la vida.
Cerca de la hojarasca
o del jarrón de frutas
tiene que haber pasado
el tiempo con todas sus caricias.
Luego, sentimos que las hojas se agitan
y que una fruta es mordida
por el hambre de nuestra boca.

De: *Libro de la mirada*

Palabras,
palabras cercanas al silencio,
que en el aire construyan la casa del sonido.

Palabras,
palabras aprendidas
en el lenguaje de los besos,
en la fragilidad de la infancia
en las noches abiertas.

Palabras,
y en los libros otras palabras
que pasan a ser nuestras,
y nos habitan
y moldean la piedra con su río.

Palabras
para tejer el poema
con la dirección del viento,
con la inocencia de los ojos,
con otras palabras:
las de las puertas que nunca se abren,
las de los caminos inesperados,
las de las huellas borradas.

Palabras otras
para nombrar la vida
que nunca pensamos en vivir:
la de las cosas y su quietud,
su manera de callar
y su manera de anunciarse.

Palabras
para recuperar la luz.

Palabras
para conjurar todas las estaciones
de un solo hombre.

De: *Libro de la mirada*

Gramática de la felicidad

En el cuarto de la casa
se arrumaban pequeños objetos
que vivían en la luz de cada domingo.
Un aire de claridad, un instante
en que el tiempo semejaba la ternura.
Todo parecía uno; uno parecía todo.

Bastaba abrir los ojos,
despertar tan solo
ante el misterio del cuarto
donde reposaban todas las luces.

El mundo tenía la forma del amor
en el rostro de mi madre.
Y tiempo y amor
hallaban en su cuerpo
lo que apenas era mío.

De: *Libro de la mirada*

Una mujer anciana o la música
(Fragmento)

El amor era otra orilla, una más tangible y no menos dolorosa.

Tú hacías de ese dolor
un conocimiento nuevo entre la cotidiana labor de la
tierra. Me dejé llevar por esa marea antigua y única,
la de la caricia furtiva entre dos manos, la del beso
aletargando las vacilaciones y los impulsos.

Me embelesé con el misterio
de los tubérculos pendiendo de tus manos. Lucías victorioso.
Arábamos y tejíamos. Nuestros labios palpaban el cuerpo
del otro.

Entre cultivos sin madurar, inventábamos el temple de la piel.

Aún estás, quizá anciano, sobre ese huerto.
El tiempo se acumula en tu rostro. No se han ordenado las hojas
del otoño.

Ya dije que irme era una necesidad. Precisaba de la habitancia
entre los campos para comprender que la aridez
y la fertilidad anudaban un único hilo. Ese secreto, confiado
al corazón,
me fue revelado en la sed y en la agitación amorosa.

De: *Lo que muda no muere*

Mujer con kimono de verano o la lucidez
(Fragmento)

La música sencilla. Sí, esa que agrieta la mirada
también es el latido del mundo
que nos habla de a poco. Hay que ajustar los oídos
a ese murmullo.

Me gustan esas pasiones.
Creo, casi fielmente, que el mundo es el resumen
de algo radical,
de algo muy tenue. ¿Un acto, un gesto?
Como aquel que, luego de cada viaje, recuerda
las peripecias coleccionando piedras.
Otro, conservará el recuerdo de una piel agitada
gracias a un aroma o al sabor de un alimento. Estoy sola,
en casa,
y la música me habita.

Ah, ya no tengo que ser yo misma. Me desbordo en esos
misteriosos acordes
del shamisen. Me recuesto y soy otra. Anochezco.
Los timbales colgados de la ventana atraen a los pájaros.
Todo canta y escucho.
Qué plenitud morir así.

De: *Lo que muda no muere*

Interior con luz solar o el abandono
(Fragmento)

No me estoy muriendo. Sé que mi despedida ha sido
solemne y larga.
Sé que estos apuntes no resumen mi vida, no la
contienen.
Créeme, he sido honesta. Solo cuando nuestra voz
alcanza
ese grado de profundidad, terminamos por reconocer
esos otros perfiles
que se ocultan bajo la mudez del rostro.
El mío, como cualquier otro, no goza de prodigios.
Está desgastado por el tiempo, y aun así lo amo.
Soporto la decisión de irme con todas las palabras
dichas.
Sé que mi consuelo será el de amarme en otras soledades.

De: *Lo que muda no muere*

Jeanne Hebuterne o el secreto
(Fragmento)

Le enseñaría algunas fotografías de mi madre. Todas las
he perdido.
Los años, por pocos que sean, acaban por ocultar ciertas
presencias.
Al morir, tenía la edad que ahora tengo. Lucía joven, aun
que de aspecto
grave y lejano. Era un ser que se había petrificado en me
nores experiencias
hasta llegar a esa intuición de lo dócil por saludable,
y al rechazo
de lo excesivo por deshonroso. Tenía el mismo color
de mis ojos.
La ausencia de su cuerpo me ha hecho amarla. Usted
lo sabrá:
los muertos moran felices sin el peso ni las ataduras
de la tierra.
Sé que uno termina por acostumbrarse, aunque
la plenitud de ese afecto
no sea más que una generosidad de los dioses
a los que alguna vez adoramos.

De: Lo que muda no muere

ÍNDICE

Obertura

—Yoshiki Hayashi— · 7 ·

Nocturno N.º 2, op. 9

—Frédéric Chopin— · 8 ·

Da pacem domine

—Arvo Pärt— · 9 ·

Declaración de amor

—Alfred Schnittke— · 11 ·

Tao y Zen

—Karunesh— · 12 ·

Música de triste revelación

—Philip Glass— · 13 ·

Una barca al sur del océano

—Maurice Ravel— · 14 ·

Consolación N.º 4 en D mayor

—Franz Liszt— · 15 ·

Meditación para viola y piano

—Paul Hindemith— · 16 ·

Etenraku

—Hidemaro Konoye— · 17 ·

Apertura · 18 ·

Un decir cotidiano · 19 ·

Poética de los colores · 20 ·

Más allá del mirar · 21 ·

Palabras... · 22 ·

Gramática de la felicidad · 24 ·

Una mujer anciana o la música

(Fragmento) · 25 ·

Mujer con kimono de verano o la lucidez

(Fragmento) · 26 ·

Interior con luz solar o el abandono

(Fragmento) · 27 ·

Jeanne Hebuterne o el secreto

(Fragmento) · 28 ·



Wilson Pérez Uribe (Colombia, 1992) es licenciado en Literatura y Lengua Castellana de la Universidad de Antioquia. Escribe poesía y ensayo. Sus textos han sido publicados en Colombia, España y México, tanto en antologías de festivales de poesía, como el Festival Internacional de Poesía de Medellín, y en revistas como Revista Universidad de Antioquia, Círculo de Poesía, Alapalabra, La Tagua, Literariedad, entre otras. Una muestra de su poesía ha sido traducida al inglés, al italiano y al portugués. Ha emprendido proyectos de formación y de lecturas en voz alta sobre literatura china y literatura japonesa en la Universidad de Antioquia y en la ciudad de Medellín. Algunas de sus obras son: *El amor y la eterna sinfonía del mar* (Hombre Nuevo Editores, 2011), *Movimientos* (Editorial Universidad de Antioquia, 2018), *Libro de la mirada* (Pre-Textos, 2020), *Escribir, prolongar el tiempo* (Ensayos en: Leer y Releer N.º 94, Sistema de Bibliotecas Universidad de Antioquia). En el blog <http://losmilotonosdelatardecere.blogspot.com/>, se encuentra alojado el proyecto de poesía Voz y Mirada, orientado por la escritora mexicana, María García Esperón, que reúne una generosa cantidad de videopoesía de Wilson Pérez Uribe.



Nuevas Voces Editores

PoetApp: Biblioteca Portátil de Poesía Antioqueña

Colección Yarumo



NUEVAS VOCES

